ESQUEMA PARA UNA HISTORIA DEL PRD

*Pedro Salmerón**

150

1. Dieciséis años después de haber dado a la luz pública *Partidos y sistemas de partidos*, rápidamente convertido en un clásico de la teoría política, cuando empezaban a escucharse fuertes voces (¡incluso en México!) sobre la crisis del sistema de partidos, Giovanni Sartori escribió que luego de haberlo impedido durante años, había decidido reeditar su libro,

a causa del clima antipartista y del descontento [contra los partidos] que aparentemente caracteriza a los años noventa. ¿Están en decadencia los partidos? ¿Pueden ser sustituidos? ¿Deberíamos buscar su desaparición? Este texto proporciona

razones para responder que, con independencia de cuán deficientes sean la actuación de los partidos y los sistemas de partidos, las democracias aún no pueden actuar sin ellos.¹

Siguiendo al mismo autor, las tres grandes funciones de los partidos políticos son la expresión, la canalización y la comunicación, de las que se derivan otras funciones y características. Los partidos ‘son conductos de expresión’, en tanto pertenecen en primer lugar a los medios de representación: “son un instrumento, o una agencia, para *representar* al pueblo al *expresar* sus exigencias”. No se desarrollaron para comunicar al pueblo los deseos del gobierno, sino al revés, se convirtieron en los conductos para articular,

* Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, Historia política y social.

¹ 1999, Madrid, Alianza, p. 11.

comunicar y ejecutar las exigencias de los gobernados.² Incluso en el sistema político mexicano, que entró en su (larga) crisis terminal a fines de la década de los sesenta, y que era la expresión más acabada del partido hegemónico-pragmático en un sistema de partidos no competitivo, ésa era una función principal del Partido Revolucionario Institucional (PRI).³

La expresión está, pues, directamente relacionada con la representación, y no se da sin la función representativa. De cualquier manera, no resulta cierto, al menos dicho de esa forma, que los partidos representan a sus votantes, de modo que es más correcto hablar de su función expresiva que de su función representativa. Así en el caso mexicano, sería absurdo decir que la Confederación Nacional Campesina o sus diputados representaban a los hombres del campo mexicano, pero también sería injusto no reconocer que era justamente su mecanismo de *expresión* según lo hemos definido.⁴

Por *canalización* se entiende la organización ‘de la caótica voluntad

pública’: los partidos “agregan, seleccionan y, con el tiempo, desvían y deforman”. Los partidos expresan y reflejan la opinión pública, la configuran y, de hecho, la manipulan. La *comunicación* es una categoría abarcadora y general en que de hecho caben las dos anteriores, a las que precede.

Los partidos, instituciones políticas que cumplen estas funciones, son actores fundamentales en las democracias modernas que, de hecho, no son posibles sin ellos. Los partidos políticos dan sentido a la democracia y la constituyen. La democracia, en el mundo moderno, es la fuente de la legitimidad del Estado;⁵ es el sistema político llamado a resolver los problemas del ejercicio del poder, y también es un ideal. La segunda de estas características es la que de momento importa: no se trata, a fin de cuentas, de la participación direc-

⁵ En la época moderna, la legitimidad del Estado depende de un factor esencial: “Se trata de justificar, ante todo, la procedencia social del Estado y su representatividad también social. Admitido que ni la divinidad ni la naturaleza tienen ya nada que hacer como rectoras de la vida social, la justificación del poder político hay que buscarla en el seno mismo de la sociedad y a través de ella demostrar que se constituye como una potencia a la par necesaria y querida por la propia sociedad”, Arnaldo Córdova, *La política de masas del cardenismo*, 1974, México, Era, p. 161.

² *Idem*, 55-6.

³ *Id.*, 279-85.

⁴ Sobre las características y funciones de la CNC como ‘sector’ del PRI, véase lo que digo en Miguel González Compeán y Leonardo Lomelí (coordinadores), con la colaboración de Pedro Salmerón Sanginés, *El partido de la Revolución: Institución y conflicto (1928-1999)*, 2000, México, FCE, p. 184-8.

ta de los ciudadanos en los asuntos públicos, pues eso es imposible en sociedades de millones de habitantes, sino de la limitación y control ciudadanos sobre el gobierno. Por lo tanto, hablamos aquí de democracia representativa y no de la democracia directa ateniense o rousseauniana, una democracia “que separa la titularidad del ejercicio [del poder] para después vincularla por medio de los mecanismos representativos de la transmisión del poder. También es importante señalar que en el mundo moderno la única democracia que existe es la democracia liberal, considerando que la democracia alternativa ofrecida por Europa oriental, llamada ‘democracia popular’, sólo fue, en el mejor de los casos, ‘un ideal sin realidad’.⁶

2. Éstas son las características de los partidos políticos en un sistema de partidos que, para que lo sea, debe ser competido y plural. Esto quiere decir que con todo y los apartes que sobre el PRI hice, no era esto lo que caracterizaba a este partido, ni a sus opositores, leales o no,⁷ porque en el terreno de

los hechos, México no era una democracia (no tiene sentido, para nuestro propósito, insistir en ello).

Para que un Estado moderno pueda considerarse democrático (es decir, para que la democracia sea el mecanismo mediante el cual se resuelvan los problemas del ejercicio del poder), debe reunir las características ya señaladas, y algunas otras: la democracia, necesariamente representativa, presupone el Estado liberal-constitucional y los límites y controles puestos al ejercicio del poder, así como un sistema de partidos. El sistema partidista es el sistema de agregación y canalización del voto. Nada más, pero nada menos. Sin los partidos, los electores se expresarían en el vacío y carecerían de los marcos de referencia y alternativa por ellos propuestos. Esto no despoja a los partidos de sus limitaciones y degeneraciones, pero a su vez, éstas no eliminan su necesidad en el mundo actual.⁸ Finalmente, para que estas funciones de los partidos sean efectivas, reales, deben darse en un contexto de competitividad que permita que los controles puestos a los gobernantes sean reales, así como las alternativas de los electores. Esto quiere decir que sin competitividad efectiva no hay democracia efectiva.

⁶ Sartori, *op. cit.*, p. 27-9.

⁷ Véase por ejemplo, cuál fue la función del Partido Acción Nacional (PAN), antes de la ‘transición’, en Soledad Loaeza, *El Partido Acción Nacional: la larga marcha, 1939-1994. Oposición leal y partido de protesta*, 1999, México, FCE.

⁸ Giovanni Sartori, *Elementos de teoría política*, 1992, Madrid, Alianza, p. 39-40.

Es decir, en México ha llegado a hablarse, por imitación, de ‘crisis del sistema de partidos’, cuando nunca hemos tenido tal cosa o, mejor, cuando apenas la estamos construyendo, de modo que si es absurdo hablar de tal crisis (lo mismo que del ‘fin de la historia’) en el ámbito de Europa occidental —como señalan Sartori y otros teóricos de la escuela italiana, como Norberto Bobbio, Umberto Cerroni, Michelangelo Bobero y Angelo Panebianco—, en México lo es más. Las características de la democracia y el sistema de partidos, escuetamente definidas atrás, eran inexistentes en el México priísta: vivíamos, como todo el mundo sabe, en un Estado autoritario y antidemocrático, con un marco jurídico aparentemente democrático.⁹

El Estado democrático y el sistema de partidos han sido lentamente arrancados por la sociedad mexicana al sistema político mexicano basado en el presidencialismo (el poder legal y metalegal del presidente) y el partido de Estado que organizaba corporativamente a las masas y canalizaba sus demandas. Sin duda, el hecho más significativo de nuestra historia política en los últimos treinta años (desde que el movimiento estudiantil

de 1968 anunció el inicio de la crisis política del régimen y sus mecanismos de legitimidad) ha sido la larga crisis del ‘sistema político mexicano’ y su ulterior eliminación.

En esta complicada conquista del sistema de partidos (esta prolongada ‘transición a la democracia’), han sido actores protagónicos la sociedad civil y los partidos de oposición real, es decir, el Partido Acción Nacional por un lado, y por el otro la izquierda partidaria, representada principalmente por las cuatro estructuras que se sucedieron —y transformaron radicalmente— a lo largo de este período: el Partido Comunista Mexicano (PCM), transformado en 1981 en Partido Socialista Unificado de México (PSUM), transformado en 1987 en Partido Mexicano Socialista (PMS), transformado en 1989 en Partido de la Revolución Democrática (PRD).¹⁰ Fueron las expresiones organizadas de la sociedad las que arrancaron al régimen la reforma política en 1977; la posibilidad de que en las LIII y LIV legislaturas (1982-1985 y 1985-1988) existieran bancadas muy

¹⁰ Digo ‘transformado’, porque como quedará claro, estas mutaciones no significaron solamente un cambio de nombre, ni tampoco significaron solamente la suma de diversas organizaciones políticas. Con mucho, la más significativa de estas transformaciones fue la de 1989, no sólo porque en ella el papel del PMS no fue el decisivo. Ya hablaremos de ello.

⁹ Véase, entre tantas obras, Daniel Cosío Villegas, *El sistema político mexicano. Las posibilidades de cambio*, 1979, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz.

significativas –aunque sin ningún poder de decisión real– del PAN y del PSUM, que permitieron por fin un auténtico debate nacional en el seno del poder legislativo;¹¹ la pérdida de legitimidad del sistema político en las elecciones de 1988; el crecimiento sostenido de las fracciones parlamentarias del PAN y del PRD, que en 1997 arrancaron por fin la mayoría al PRI; y finalmente, la pérdida de la presidencia de la República. Estos hechos, al propiciar la competencia real y la alternancia, significan un cambio cualitativo en la forma de hacer política en México. Significan, en términos efectivos, que de un sistema de partido hegemónico (de partido de Estado), hemos pasado a un sistema de partidos. La diferencia, como hemos señalado arriba, no es sutil.

Así pues, uno de los asuntos centrales que una historia del PRD y la transición debe resaltar, es que la apertura no fue una graciosa conce-

sión de Luis Echeverría; ni la reforma política una dádiva igualmente graciosa de José López Portillo; ni las primeras gubernaturas de oposición fueron graciosamente reconocidas por Carlos Salinas de Gortari; ni, mucho menos, la ‘alternancia’ y el triunfo de Vicente Fox se deben a la graciosa actuación de Ernesto Zedillo Ponce de León, sino que a ellos (como pináculos del sistema mexicano) y a sus gobiernos, a ellos y a su partido, estos avances les fueron lenta y dificultosamente arrancados por la sociedad, y ellos hicieron todo lo posible por evitarlo, incluido el último. Intentaremos demostrar en esta investigación, pues, que la ‘transición a la democracia’ no es una dádiva o una concesión del PRI o del Estado, como falsamente sostienen muchas voces, sino un logro de la sociedad organizada, es decir, de la sociedad civil.¹²

Siguen teniendo respuestas pendientes muchas preguntas sobre el fin del régimen: cómo y de qué manera ese sistema de partido hegemónico

¹¹ O que volvieron a posibilitarlo, luego de décadas de interrupción. Pero no se trata solamente de debate: en los años veinte y treinta (e incluso en la primera mitad del sexenio de Manuel Ávila Camacho), la Cámara de Diputados (la de senadores no) vivió fuertes y enconados debates, a veces de mucha altura, en torno a los grandes problemas nacionales, pero a pesar de ello, el poder legislativo estaba marginado de la toma real de decisiones. Véase lo que digo de estos debates y su significado en varias partes de los tres primeros capítulos de González y Lomelí (coords.), *op. cit.*

¹² Aquí entiendo sociedad civil como sociedad organizada y sociedad política como Estado, siguiendo a Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, 1981, México, Era, v. 5 (“Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno”). Véase también la diferenciación histórica de la sociedad del Estado en Arnaldo Córdova, *Sociedad y Estado en el mundo moderno*, 1976, México, Grijalbo (teoría y praxis), p. 19-68.

dio paso al sistema de partidos en que estamos aprendiendo a vivir;¹³ y sigue estando pendiente también la dilucidación del papel que en este fin de régimen jugó el Partido de la Revolución Democrática que, a diferencia de los otros dos grandes partidos del país, no ha sido objeto de ninguna investigación académica que busque explicar su existencia y su actuación.¹⁴

3. El Partido de la Revolución Democrática, formalmente fundado el 5 de mayo de 1989 sobre los

¹³ ‘Estamos aprendiendo’, por eso me parecen injustas, por desmedidas y desmemoriadas, las severas críticas hechas a nuestros diputados y senadores, a nuestros partidos políticos (sobre todo los mayores, el PAN y el PRD, y el nuevo PRI que está inventándose) y al mismo gobierno; sin que ello los redima de sus pecados.

¹⁴ Sobre el PAN y el PRI existen sendos textos recientes que intentan dar cuenta global de su historia: Loaeza, *op. cit.*; y González y Lomelí (coords.), *op. cit.*; y si sobre el PCM hay varios textos académicos, prácticamente no los hay sobre sus sucesores, el PSUM y el PMS. Sobre el PRD hay algunos textos (vgr. Luis Javier Garrido, *La ruptura. La Corriente Democrática del PRI*, México, Grijalbo, 1993; y Marco Aurelio Sánchez, *PRD: El rostro y la máscara. Reporte de la crisis terminal de una élite política*, México, Centro de Estudios de Política Comparada, 2001; y *PRD: La élite en crisis. Problemas organizativos, indefinición ideológica y deficiencias programáticas*, 1999, México, Plaza y Valdés), que atienden alguna coyuntura particular, pero ninguno que dé cuenta de su historia.

restos de lo que había sido el Frente Democrático Nacional (FDN) y aprovechando la infraestructura del PMS, ha sido el mayor esfuerzo organizativo independiente de la izquierda mexicana y se ha mantenido desde entonces como la tercera fuerza electoral del país. El PRD es uno de los actores fundamentales en el tramo final (y definitivo) de la larga crisis del sistema político mexicano. De hecho, en el programa que el PMS propuso a la Corriente Democrática (CD) para apoyar la candidatura presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas, en 1988, se expresaba claramente la voluntad de ambas organizaciones (cuya unificación fue la base sobre la que se crearía el PRD) para trabajar por la ‘transición a la democracia’, al especificarse que su objetivo era

eliminar el sistema presidencialista y el corporativismo, sustentos principales de la anti-democracia en el país, mediante un período de transición a la democracia, que debería culminar en el establecimiento de un régimen de partidos.¹⁵

A la distancia de trece años, podemos decir que tales objetivos explícitos se cumplieron, aunque no

¹⁵ Citado por Barry Carr, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, 1996, México, Era, p. 311.

fue el PRD el único grupo que luchó por ellos, ni el que recogió sus frutos. Aquí hemos de resaltar que el PRD no surgió de la nada, ni siquiera de la impresionante e inesperada insurgencia cívica de 1988, sino que recogió la tradición y la experiencia de lucha de la izquierda partidista, cristalizada en el PMS, lo mismo que la de numerosos grupos de la izquierda no partidista, ambas en constante crecimiento desde que la represión del movimiento estudiantil de 1968 anunció el ocaso del régimen. El PRD fue un actor protagónico en el tramo final de la larga crisis del sistema político mexicano. Escribir la historia de los grupos que dieron vida a este instituto político, y de su lucha contra el PRI y el gobierno, será escribir la historia del fin del régimen, por más que haya otros actores colectivos de primera línea, como el Partido Acción Nacional (PAN) y el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), entre otros, sin descartar la propia incapacidad del PRI para adaptarse a las nuevas realidades.

Siendo un actor protagónico y polémico de la vida política nacional, los orígenes y la trayectoria del PRD están envueltos en brumas y mitos, y las enconadas detracciones y entusiastas apologías que ha suscitado sirven poco para comprenderlo.¹⁶ Es

¹⁶ Entre los textos publicados sobre la izquierda mexicana, quizá el más serio sea

urgente una historia académica del PRD y de sus dirigentes y militantes; de las condiciones de su aparición en la escena nacional y las razones de sus variopintos constructores; de sus relaciones con el resto de la izquierda mexicana, con el gobierno y con los otros dos grandes partidos nacionales, el PRI y el PAN; y del papel que jugó en el colapso del régimen de partido hegemónico.

Emprender una investigación así con los recursos y los métodos de análisis del historiador, exige rechazar el prejuicio según el cual la historia contemporánea no es tema de historiadores, prejuicio en el que no hay otra cosa, en el fondo, que el vértigo de ciertos estudiosos ante procesos aún no ‘cumplidos y acabados’ (como si los procesos se cumplieran y acabaran) y ante temas palpitantes.¹⁷ A fin de cuentas, estoy

el de B. Carr, *op. cit.*, que termina en el momento en que se crea el PRD y que, además, es demasiado general (como todo texto pionero). Las restantes historias de la izquierda mexicana y del PRD han sido escritas (salvo algunos trabajos académicos enfocados a coyunturas particulares) por sus propios militantes o por sus detractores, tan apasionados los unos como feroces los otros.

¹⁷ Véase lo que al respecto dice Luis Medina Peña, “Historia contemporánea de México, ¿tema de historiadores?”, en Gisela von Wobeser (coord.), *Cincuenta años de investigación histórica en México*, 1998, México, UNAM-Universidad de Guanajuato, p. 295-311. Véase también Álvaro Matute,

plenamente de acuerdo con Benedetto Croce en aquello de que ‘toda historia es historia contemporánea’.

4. La investigación que mediante este ensayo propongo implica partir del intento de comprensión de los diversos grupos y partidos políticos, personalidades y ciudadanos que tomaron parte en las campañas presidenciales de Cuauhtémoc Cárdenas y Heberto Castillo en 1988, y quienes participaron en la formación del PRD. En cada caso se tratará de entender su trayectoria política, su fuerza real, su estructura orgánica, su ideología y sus razones personales para incorporarse al nuevo partido. Estos actores políticos pueden agruparse en cuatro grandes segmentos:

a) La Corriente Democrática del PRI, y otras fracciones que se desprendieron del partido de Estado. A diferencia de lo que suele creerse, hay numerosos vasos comunicantes entre el ala izquierda del partido oficial, desde su misma fundación, y la izquierda, vasos comunicantes que pueden rastrearse en su concepción del país, sus tradiciones políticas y sus mitos. La historia y las peculiaridades del PRI y de su ala izquierda, sus veleidades estatistas, populistas

“Historia política”, en Horacio Crespo, *et al.*, *El historiador frente a la historia*, 1992, México, UNAM, p. 69-78.

y corporativistas, así como el mito cardenista, permiten entender las razones de la grave escisión sufrida por ese partido en 1986 y 1987. Por supuesto que también sería importante conocer, junto con esto, las razones personales de los dirigentes y partidarios de la CD que los llevaron a la ruptura.

b) La izquierda partidista, principalmente el PCM-PSUM-PMS, aunque también las organizaciones que se unieron al PCM o al PSUM durante los procesos de unificación de 1981 y 1987, sobre todo el Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT) y el Movimiento de Acción Política (MAP). Esto implica estudiar la polémica entre ‘dinosaurios’ y ‘renovadores’ en el seno del PCM, al calor de las tesis del *eurocomunismo*, y la difícil búsqueda de una vocación democrática que le permitiera formalizar un discurso cercano a la ‘nueva izquierda’ o ‘izquierda democrática’, y una táctica de lucha gradualista (electoral) y no revolucionaria, en contradicción con una cultura política que carecía de vocación democrática y que había rechazado tradicionalmente la ‘democracia burguesa’. La construcción del discurso de ‘nueva izquierda’ o ‘izquierda democrática’ durante la lucha interna en el PCM y a lo largo de la vida del PSUM, implica hacer un esfuerzo por comprender esa historia intelectual de la izquierda mexicana.

c) Las organizaciones sociales no partidistas, surgidas en los años setenta y ochenta: el sindicalismo independiente (o al menos, no priísta); las organizaciones campesinas que a partir de los años sesenta rompieron el monopolio político de la CNC; el llamado ‘movimiento urbano popular’ (MUP), nacido en los años setenta y convertido en un poderoso y combativo movimiento de masas a raíz de los sismos de septiembre de 1985; y la insurgencia estudiantil que por medio del Consejo Estudiantil Universitario (CEU) conecta la huelga de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) con el FDN y la primera campaña electoral de Cuauhtémoc Cárdenas.

Paralelamente, deberán revisarse la trayectoria y las razones por las que abandonaron su tradicional oposición a la ‘farsa electoral’, y finalmente decidieron incluirse en el PRD, organizaciones y grupos provenientes de la izquierda radical, como la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR) y la Organización de Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas (OIR-LM), así como antiguos militantes de los grupos guerrilleros de los años setenta. También deberán revisarse los desprendimientos hacia el PRD del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), del Partido de la Revolución Socialista (PRS) y otros grupos similares.

d) La ‘izquierda leal’ o paraestatal, cuya historia está vinculada al Partido Popular Socialista (PPS) y a la figura de Vicente Lombardo Tolezano, y a su fe en las ‘potencias creadoras’ de la Revolución mexicana y al Estado de ella surgido (es decir, los vínculos entre este marxismo y el ‘nacionalismo revolucionario’), y que en los años setenta fue reforzada (o revitalizada) por la aparición de una organización no lombardista: el Partido Socialista de los Trabajadores (PST). Ello nos llevará a estudiar el papel jugado en la campaña electoral de 1987-88 por los partidos ‘paleos’, a saber, el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM), el PPS y el PST, transformado en Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional (PFCRN), buscando las razones por las que abandonaron su papel subordinado, sólo para reasumirlo pasada la coyuntura electoral. Tendrá particular importancia ver al PFCRN como receptor de numerosos ciudadanos que se incorporaron a él formalmente durante la campaña electoral, y cómo una parte de la estructura dirigente de dicho partido llevó el peso de esta militancia reciente al PRD, desprendiéndose de su antigua organización.

5. Una vez estudiadas las tradiciones, fuerzas, estructuras y proyectos de esos grupos, podrán explicarse

la manera y condiciones en que nació el PRD, desde dos perspectivas complementarias:

a) las condiciones políticas y económicas del país en las décadas de los setenta y ochenta, poniendo una atención particular a la crisis del modelo económico (el ‘desarrollo estabilizador’) durante los últimos años del gobierno de Gustavo Díaz Ordaz; a la búsqueda febril –y fallida– de un modelo alternativo durante el sexenio de Echeverría; a los intentos rectificadores ensayados por el gobierno de López Portillo, que desembocaron en el caos y la crisis, para, finalmente, tratar de entender la política económica del gobierno de Miguel de la Madrid, sus respuestas a la crisis y las protestas que generó en muy diversos grupos sociales. De la misma manera, deberá trazarse un itinerario de las relaciones políticas, desde los intentos de conciliación del gobierno de Echeverría con los intelectuales de izquierda, pasando por la agudización de los conflictos sociales y la propuesta de la apertura democrática, finalmente instrumentada por el gobierno de López Portillo cuando el país cruzaba por una devastadora crisis económica, de la que pareció salir merced a los recursos petroleros sólo para caer en un bache peor al finalizar el sexenio, para detenernos con mayor

detalle en la pérdida de popularidad del gobierno y la erosión del control corporativo del Estado, resultante de las drásticas medidas económicas a que la necesidad y el modelo adoptado obligaban al gobierno de De la Madrid.

Todo esto en un contexto internacional crecientemente desfavorable tanto para las fuerzas de izquierda como para la tradición estatista del sistema mexicano: cuando Miguel de la Madrid subió al poder, luego de doce años de ensayo y error en la búsqueda de alternativas económicas, tenían de dos a cuatro años en la primera fila de la escena mundial Margaret Thatcher, Juan Pablo II y Ronald Reagan, y si los dos últimos dedicaron todas sus energías a la lucha contra la Unión Soviética y Europa del Este por un lado, y contra las fuerzas de izquierda y progresistas de Occidente, la primera (pronto imitada por Reagan) combatió enérgicamente las políticas keynesianas del período anterior, desmantelando el sector público mediante una rápida política de privatizaciones, poniendo fin a la influencia política de los sindicatos. El modelo alternativo se centraba en el libre mercado y permitió la recomposición, primero en la Gran Bretaña y luego en toda Europa occidental, de las fuerzas de derecha. Lo que poco después empezó a ser llamado en México y América Latina

‘neoliberalismo’, arrancó en el Reino Unido bajo la implacable batuta de la dama de hierro.

b) Las características de la campaña electoral de 1988, desde la ruptura de la CD con el PRI y el registro de la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas por el PARM, en octubre de 1987, hasta el 6 de julio de 1988. Aquí tendrá que analizarse qué tanto de la capacidad de movilización popular se debía a experiencias organizativas previas, y cuánto a las cualidades carismáticas de Cuauhtémoc Cárdenas,¹⁸ considerando que su candidatura apareció en las circunstancias particularmente críticas para el sistema mexicano a que hemos hecho referencia.

6. Una vez puesto en escena el PRD, deben revisarse los problemas organizativos y políticos que tuvo que enfrentar en sus primeros momentos, y que definieron desde un principio las características de la nueva institución:

¹⁸ Sobre el carisma y el caudillismo en México, véase Pedro Salmerón Sanginés, *Aarón Sáenz Garza: Militar, diplomático, político y empresario*, 2001, México, Miguel Ángel Porrúa, p. 136-9; *apud* en Max Weber, *Economía y sociedad. Esbozo de una sociología comprensiva*, 1964, México, FCE, p. 7 s y 172-4 y Moisés González Navarro, *La Confederación Nacional Campesina. Un grupo de presión en la reforma agraria mexicana*, 1968, México, Costa-Amic, p. 86-8.

a) El debate ideológico en torno a la definición del nuevo partido y a sus tesis principales, entre ‘socialistas’ y ‘fuerzas nacional-progresistas’, que terminaron con el destierro del marxismo en la definición ideológica del nuevo partido. Esto exige un cuidadoso análisis de los documentos básicos aprobados en el congreso fundador del partido, en los que se declaraba que los objetivos fundamentales de éste eran la lucha por la instauración de una democracia efectiva basada en un sistema de partidos, y la búsqueda de la ‘justicia social’ por medio de la aplicación de los principios del ‘Estado de bienestar’.

b) El debate entre las concepciones opuestas de partido de cuadros o de notables o partido de masas, rápidamente resuelto en favor de esta última opción; y el mucho más complicado debate entre partido de organizaciones o partido de ciudadanos, y las implicaciones organizativas que tuvo la difícil decisión de optar por un partido de ciudadanos con una estructura formal territorial nunca asimilada totalmente por muchos de los grupos constitutivos del partido. Deberán revisarse la estructura y composición formales del PRD y sus transformaciones.

c) Además de las estructuras formales del partido, enunciadas en el párrafo precedente, deberían des-

entrañarse las estructuras informales, que han sido fundamentales en la historia del PRD y que, mucho más que aquéllas, lo explican y definen. Estas estructuras informales, herederas de la estructura sectorial del PRI y de la izquierda, y fruto de los caudillismos regionales y nacionales, han hecho del PRD un partido de ‘generales’ y ‘coroneles’, de tendencias, facciones, sectas y tribus, sumamente fragmentado. Será preciso estudiar muy cuidadosamente los mecanismos de estas tribus y caudillismos, así como los que pese a esta fragmentación interna, han permitido al PRD sobrevivir como un partido nacional.

7. Los cambios en las direcciones nacionales y regionales; las campañas electorales, principalmente las federales de 1991 y 1994 y algunas campañas muy significativas a nivel regional, en estados de fuerte presencia perredista; la política de alianzas, las sucesivas estrategias políticas, los métodos de propaganda, y el crecimiento y los problemas estructurales del PRD entre 1989 y 1997, dan pie a una nueva serie de preguntas sobre este partido en acción.

El PRD había optado explícitamente por las vías legales y por la búsqueda del voto popular como mecanismos para lograr sus objetivos (democracia y Estado de bienestar), enfrentado a un sistema

político que no estaba dispuesto a instaurar un régimen de competencia equitativa entre los partidos, y a un presidente de la República (en un sistema vigorosamente presidencialista todavía) que tenía un particular encono contra el PRD y sus dirigentes; habrá también que prestar atención al muy complicado equilibrio entre la lucha estrictamente electoral y la movilización popular, en torno a un problema esencial para el PRD durante el sexenio de Carlos Salinas de Gortari, y que se fue diluyendo poco a poco durante el sexenio de Ernesto Zedillo: la ‘defensa del voto’.

También habrá que revisar la configuración regional del partido, dado que, a pesar de que el voto por Cuauhtémoc Cárdenas en 1988 se dio en prácticamente todo el país, el PRD se implantó con gran fuerza en algunas entidades federativas, mientras que en otras sólo fue un membrete. Deben estudiarse uno por uno los estados en los que el PRD tuvo fuerza desde el principio, buscando las raíces y explicaciones de la misma, así como las razones de su ausencia práctica en otros estados, particularmente en el norte del país.

Igualmente debe ponerse atención a la experiencia de los diputados y senadores perredistas en las legislaturas federales, y a las experiencias de gobierno municipal.

8. Otra serie de preguntas surgen en torno a las relaciones del PRD con las demás fuerzas políticas nacionales, particularmente con aquellas que han sido significativas para la definición (o indefinición) del PRD a lo largo de su historia o en determinadas coyunturas. No se tomará en cuenta la conflictiva relación entre el PRD y el PRI, porque la definición del primero se dio, en muchos sentidos, en función del gobierno y del sistema de partido de Estado.

La relación con el PAN será revisada en función de las alianzas en defensa del voto, de los debates legislativos y de algunas tomas de posición particulares. Mucho más importante será analizar la relación del PRD con los movimientos sociales y la izquierda no partidista, y los problemas estratégicos y de definición que le planteó al partido la aparición pública del EZLN, en enero de 1994.

También se pondrá atención al papel jugado por el PRD en la internacional socialdemócrata y la colaboración con grupos políticos de otras naciones; su política hacia los estadounidenses de origen mexicano y a los inmigrantes mexicanos en los Estados Unidos, que ocupó un lugar muy importante en la agenda partidista en los primeros años de la década de los noventa; y su posición ante la política internacional del gobierno mexicano y ante las negociaciones

sobre el Tratado de Libre Comercio de América del Norte en particular.

9. Finalmente hay que estudiar al PRD en el poder y su desempeño en los inicios de la alternancia. El primer asunto a tratar será la campaña electoral de 1997 y sus resultados, que arrancaron al PRI la mayoría de la Cámara de Diputados, y dieron el triunfo al PRD en las elecciones para jefe de gobierno del Distrito Federal, llevando a esa posición a su más reconocido dirigente. Se sugerirá cuál fue el significado de ambos eventos, cómo actuó el PRD como fuerza con posibilidad de decisión—dependiendo de las alianzas— en el poder legislativo, y cómo se condujo en su primera experiencia de gobierno a nivel local. Lo mismo buscará hacerse con las tres siguientes gubernaturas ganadas por el PRD, en esa especie de efecto dominó desatada por la victoria del 6 de julio de 1997: Zacatecas, Tlaxcala y Baja California Sur, así como en la obtenida ya durante el gobierno de Vicente Fox: Michoacán.

También debe observarse la actuación del PRD durante el conflicto que paralizó a la Universidad Nacional (UNAM) en 1999 y 2000, porque quizá como ningún otro evento particular, sacó a flote los peores vicios y las mayores debilidades de este partido y, también, aunque en menor medida, del resto de las instituciones

políticas. La ambigua y lamentable actuación del PRD ante el conflicto de la UNAM se complementó con la ‘desaseada’ (por usar el eufemismo usado por los perredistas) elección interna de 1999. Ambos hechos lastraron la campaña electoral del 2000.

No puede dejarse de lado la revisión de la campaña electoral del 2000, ni la actitud del PRD ante el triunfo de Vicente Fox y el PAN, que agudizó sus diferencias internas. También se buscará rastrear las razones por las que el partido se negó a firmar un pacto de la Moncloa a la mexicana –sugerido por Fox en su carácter de presidente electo.

10. Cuando se pretende una historia de tema reciente, muchos historiadores objetan la ausencia de fuentes. No es el caso: las hay y abundantes. Los documentos públicos del PRD y la hemerografía permiten abarcar un vasto panorama y resolver muchas de las cuestiones que aquí se han puesto sobre la mesa. Los historiadores tienden a desacreditar el uso de la prensa periódica, pero es una fuente que permite el seguimiento de acontecimientos y personajes con un detalle que difícilmente pueden alcanzar otras; y nos permite también inferir la trascendencia pública de los mismos. Como dice Álvaro Matute, “lo que publica la prensa es compartido

por muchos, es algo que se ventila y evidencia la voluntad de quienes la elaboran de que se conozca lo que ahí se dice”.¹⁹

En segundo lugar, es posible emplear la historia oral, contrastando el resultado de las entrevistas con las fuentes hemerográficas, documentales y bibliográficas, con la intención de aclarar puntos oscuros, resolver problemas espinosos, escuchar las voces que las otras fuentes hayan olvidado o menospreciado, y conocer más de cerca las polémicas y discusiones internas.

Finalmente, hay también numerosas fuentes bibliográficas que, como las anteriores, son también fuentes primarias en virtud de que todas han sido escritas por gente que tomó parte en los hechos narrados o por testigos interesados (¿acaso existen los testigos desinteresados?).

Todas son, pues, fuentes primarias, y como es natural, deberán ser cuidadosamente tratadas como tales, pasadas por la criba de la crítica según dictan los cánones del oficio. No hay aún, para esta historia, fuentes secundarias.

¹⁹ Álvaro Matute, *Las dificultades del nuevo Estado*, 1995, México, El Colegio de México (Historia de la Revolución Mexicana, 7), p. 7-8.